

manos. La brillante conducta que como militar había observado ante los muros de Numancia, y el panegirico de Escipion Emiliano despertaron su ambicion, abriéndole la carrera política que, bajo la proteccion que hasta el año 108 le dispensó la gran familia de los Metelos, le condujo paso á paso á las mas altas esferas. Tribuno en 119, pretor en 115, considerado, durante la guerra de España, como valiente y honrado jefe de provincia, y unido á la nobleza con lazos de intereses y parentesco por su matrimonio con Julia, oriunda de la noble familia de los Julios y hermana del padre del gran César, esperaba tambien el hábil advenedizo alcanzar los honores consulares. Entonces se vió cuán poca perspicacia política tenían los optimates de aquella época.

Mario no figuraba entonces entre la oposicion moderna: su modo de pensar se amoldaba mas al espíritu conservador en el sentido de los antiguos romanos, como Caton y Graco; sus simpatías eran ante todo para los de su primitiva clase, es decir, para los labradores, cuya triste situacion le afligia en extremo. El rudo veterano, que había comenzado sus servicios como soldado de pica, miraba con desden la ineptitud militar y la molicie de una gran parte de los oficiales nobles de su época; y cuando, despues de una serie de heróicas hazañas en Africa á las órdenes de Metelo, pensó en obtener el consulado para el año 107, no encontró en los que hasta entonces habían sido sus protectores mas que burla, insultos y antipatía. A consecuencia de esto encendiése en este *homo novus*, cuya admision en la clase aristocrática habría producido probablemente los mismos efectos que la de la familia de Mummió, una ambicion desmedida y una cruel animosidad contra la nobleza, que había arrojado al hombre bravo y de voluntad de hierro á un horrible camino. Sus aspiraciones encontraron las mayores simpatías entre la oposicion romana: el pueblo de la ciudad estaba indignado contra los optimates, tanto mas, cuanto que menudeaban las noticias de batallas perdidas allende los Alpes. Metelo, el famoso aristócrata, nada podía conseguir tampoco en Africa: los comerciantes, cuyos asuntos iban en aquel territorio de mal en peor, estaban muy descontentos por la excesiva duracion de la guerra, y el pueblo romano esperaba tambien prontas victorias. Mario, por su parte, no titubeaba en criticar acerbamente á su general en jefe y en influir en la opinion de aquellos que creían que este caudillo prolongaba intencionalmente la lucha.

Por fin, en el año 107, y por aclamacion de las masas, Mario fué elegido tambien cónsul, y entonces el partido democrático tuvo por vez primera, despues de la muerte de Graco, un jefe notable, que era á la vez un gran general. Mas adelante tendremos ocasion de ver con frecuencia que la capacidad y la penetracion de Mario distaban mucho, bajo el punto de vista político, de ser lo que eran en el terreno militar. Tambien veremos que el primer paso que dió como cónsul, el mas difícil quizá de cuantos entonces se dieron, lo dió con inocente y bondadosa impremeditacion. El Senado había prorogado á Metelo el mando en Numidia por todo el año 107; pero por acuerdo del pueblo se anuló esta decision senatorial, concediéndose la direccion suprema de la guerra contra Yugurta al nuevo favorito de la plebe. Cuando Mario organizó su ejército para la nueva expedicion, pensó ante todo en aligerar las cargas que pesaban sobre los pobres labradores, y especialmente sobre los romanos de las últimas clases del censo, que debían prestar un pesado servicio de guerra. Bajo el punto de vista militar, consideró conveniente introducir en sus legiones á todos los romanos fuertes y aptos para llevar las armas y que á ello se prestasen, y admitió en sus filas, contra la costumbre hasta entonces seguida, á los mismos proletarios. No sabía él el por-

venir que con esta medida preparaba á la república, y posteriormente pudo convencerse por sí mismo de las consecuencias que un tal paso traía consigo. Hecho esto, es decir, destruida la ley que solo confiaba las armas de las legiones á los individuos de las clases propietarias, era natural que el ejército romano se convirtiera rápidamente en una masa de proletarios armados y educados tácticamente. El número de labradores y ciudadanos romanos comenzó á disminuir en las legiones, aconteciendo entonces que, de hecho, existió una clase de soldados, de veteranos, de gente, en fin, que hacían del servicio militar una profesion. Estos ejércitos, que solo en el nombre se diferenciaban de los mercenarios, y que, á excepcion de una clase poco numerosa, mas podían considerarse como séquito del general que como un conjunto de ciudadanos romanos, fueron primero instrumentos de la guerra civil y luego apoyo del cesarismo.

Con todo, este nuevo sistema, al dar importancia á los proletarios, que antes solo en casos muy criticos podían ser admitidos en el ejército, y al permitirles entrar en las legiones, no dejaba de ofrecer por el momento algunas ventajas. En efecto, las legiones podían tener una organizacion mas sólida desde el instante en que se componían de gente que no tenía el interés, propio de los labradores y ciudadanos, de regresar cuanto antes á sus hogares para cuidar de sus asuntos particulares. Podían tambien llevarse á cabo innovaciones importantes en la táctica y combinar maniobras mas artísticas y sistemáticas. Ya se deja comprender que en tal sistema el afán de botín fué, todavía mas que hasta entonces, el objeto predilecto de los soldados. A pesar de todo, Mario no consiguió tan pronto como él y sus amigos esperaban vencer al infatigable Yugurta. Cuando en 107 tomó el mando de la Numidia, quiso ante todo acostumbrar á las nuevas tropas á la guerra de Africa, y supo instruir las perfectamente y hacérselas completamente suyas, con su excelente trato y liberalidad. Habiendo fracasado las negociaciones que con el rey Bocco se entablaron, reanudóse la guerra con gran energía. Una arriesgada expedicion á la comarca que se extendía al Sur de Thala, puso en manos del general en jefe la ciudad de Capsa, hoy Cafsa, que, entregada al saqueo, se vió pronto destruida. Con esto se arrebató á Yugurta toda la Numidia oriental. Despues de haberse dirigido á Cirta, en donde estaban probablemente los cuarteles de invierno, llevó Mario al siguiente año (106) su ejército á la Numidia occidental, hasta el valle del río Muluchat, que separa la Numidia de la Mauritania, coronando en todas partes la victoria sus esfuerzos. Allí los romanos se propusieron apoderarse de una fortaleza que se consideraba como inexpugnable y en la cual Yugurta había depositado sus tesoros.

#### IV.—SILA. MUERTE DE YUGURTA

Entonces se dió á conocer en el ejército de Mario, Lucio Cornelio Sila, aquel aristócrata que despues había de ser el poderoso enemigo del general plebeyo. Sila, descendiente de Publio Cornelio Rufino, que floreció en tiempo de Pirro, nació en el año 138: hijo de un padre arruinado, privado de bienes, hasta el punto de verse obligado durante mucho tiempo á vivir en casa alquilada; hombre cuya vida de jóven había sido la que era costumbre entre los romanos; que, por una parte, poseía una brillante educacion literaria, y por otra se entregaba á todos los excesos del vino y de las mujeres, se encontró al fin, mediante algunos legados que recibió por testamento, en condicion de mostrarse en la vida pública. De esta suerte se presentó como cuestor y al frente de una division de caballería itálica, á Mario, á quien no satisfizo en manera alguna la presencia de aquel hombre afeminado y

notoriamente vicioso. Sila, sin embargo, fué un general excelente, el mas importante quizá que tuvo Roma antes de César. El desden con que le recibió el rudo cónsul, picó el amor propio de Sila, quien, instruyéndose en la escuela de Mario, dió muy pronto pruebas de sus excepcionales dotes militares. Su buena presencia, además, su buen humor y su franqueza le ganaron rápidamente las simpatías de los soldados, no debiendo tardar en demostrar al orgulloso general en jefe cuánto valía. La fortaleza de Muluchat, por efecto de un hábil golpe de mano, cayó en poder de los romanos; pero entonces el rey Bocco, á quien Yugurta prometía la tercera parte de Numidia, se había ya decidido á tomar parte en la guerra, y cuando el ejército de Mario se retiró á los cuarte-



Sila



Alegoría del triunfo de Sila

les de invierno de Cirta, vióse por dos veces atacado por numerosas hordas de caballería mauritana y númida. En ambas ocasiones pudieron los romanos, no sin grandes pérdidas, evitar la derrota, y en ellas se dió á conocer Sila como caudillo independiente y en alto grado experto.

En tal estado las cosas, no pudo ponerse término á la guerra, hasta que se consiguió separar de nuevo de la causa de Yugurta al rey de Mauritania, y atraerlo definitivamente á la de Roma. Se entablaron negociaciones que se siguieron, durante el invierno de 106 á 105, ya en Roma, ya en el campamento de Mario en Cirta. Cuando parecía haberse llegado ya á un acuerdo, solicitó el rey Bocco de Mario que le enviara, para la difícil empresa de vencer á su yerno, á Sila, á quien aquél había aprendido á conocer y á apreciar. El audaz cuestor tomó á su cargo una empresa que era muy difícil por la conducta equivoca de Bocco y por las simpatías que los mauritanos sentían por Yugurta, y se presentó en 105 con una pequeña division romana en el campamento mauritano. Bocco supo, con sus astucias, engañar á su yerno y atraerle desarmado á una emboscada, en donde fué hecho prisionero por los romanos y puesto á la disposicion de Sila.

Con esto quedó terminada la guerra: los romanos cedieron á Bocco, en premio de la traicion hecha á Yugurta, una gran parte de la Numidia, á saber, la comarca que se extendía desde el Muluchat hasta el puerto de Salde, hoy Bugía: el resto del antiguo reino de Masinisa pasó á la soberanía del rey Gauda, hermano de Yugurta, y hombre enfermizo y de escasa inteligencia. Solo la Gran Leptis, con su territorio, pareció quedar unida á la provincia romana del Africa. Mario, por su parte, recibió la mas brillante recompensa de la victoria, que en definitiva debía al talento de su cuestor; en efecto, el pueblo, durante su ausencia, le había elegido cónsul para el año siguiente. Esta honra se le dispensó, menos por las victorias conseguidas en Numidia, que por ser, al parecer, el único hombre, que podía contener la temible invasion de los pueblos germánicos, que hasta entonces había consumido allende los Alpes, uno tras otro, una serie numerosa de esforzados generales.

#### V.—VICTORIAS DE LOS CIMBRIOS Y TEUTONOS EN LAS GALIAS. REFORMA DE LA TÁCTICA ROMANA

Quando Cayo Mario celebró en 1.<sup>o</sup> de enero del año 104 el triunfo conseguido en Numidia, al cual siguió acto conti-

GRECIA Y ROMA

nuo la infame muerte de Yugurta (1), y comenzó á ejercer su segundo consulado, conmovióse en sus fundamentos la república romana. Había pueblos del mundo germánico que entonces se presentaron por vez primera en la arena de la política romana y que tras una serie de importantes derrotas anunciaban á los romanos los horrores de un porvenir no lejano. En las fronteras septentrionales de las provincias romanas habitadas por tribus célticas había aparecido un pueblo poderoso, los hombres de gigantesca estatura, de rubia cabellera y azules ojos, acompañados de sus bellas mujeres y robustos hijos, y conduciendo en carros todo su ajuar doméstico. Tales eran los cimrios cuya marcha hacía el Sur romano puede considerarse como la primera emigracion histórica y cierta de los pueblos germánicos á aquellos territorios, emigracion á la cual algunos siglos despues habían de suceder tantas otras. No conocemos los motivos (quizá convulsiones de la naturaleza ó grandes inundaciones) que indujeron á los cimrios y á los teutonos á abandonar sus residencias del Norte, ó sea la península cimbría, y la parte occidental del mar Báltico. Con todo, los cimrios, segun parece, se dirigieron al Sur, atravesando lo que hoy constituye la Alemania oriental, y atacando á los boyos celtas de Baviera y Bohemia, hasta que, durante las luchas de los romanos con los celtas del Este del Adriático, invadieron las comarcas meridionales, atravesaron los territorios septentrionales de los estordiscos, y aparecieron, por último, en el país de los tauriscos. El cónsul del año 113, Cneo Papirio Carbon, sea que quisiese defender el paso hacia Italia, sea que deseara auxiliar á los aliados tauriscos, salió de Aquilea é intimó á los invasores á que en nada molestasen á estos. Los cimrios, teniendo en cuenta la fuerza de los romanos, hasta entonces tan temida, se decidieron á prestar obediencia á tal mandato. Sin embargo, cuando Carbon se arrojó pérfidamente sobre ellos en Noreya, los germanos hicieron sufrir á las tropas del traidor una desastrosa derrota. Ya entonces los vencedores pudieron penetrar en Italia, pero la falta de plan les obligó á dirigirse hacia el Oeste. Atravesando las comarcas de dos pueblos celtas, los helvecios que habitaban todavía el territorio comprendido entre el Mein y el lago de Ginebra (Franconia, Suabia y la Suiza occidental) y los sequanos, se abrieron paso hasta las comarcas del Oeste del Jura y aparecieron en son de conquista, y ansiosos de saqueo, en las inmediaciones de las provincias galo-romanas.

En el año 109 fué enviado al teatro de la guerra Marco Junio Silano para proteger á los allobroges y á los habitantes de las orillas del Ródano. A la peticion que hicieron los germanos de que se les cediese un territorio donde establecerse pacíficamente, contestaron los romanos con un ataque y esta vez tambien su ejército sufrió una completa derrota; pero como los vencedores procuraron, en vez de luchar con las provincias romanas, arrojarse contra los celtas del interior de la Galia, tuvo el Senado tiempo suficiente entre tanto para enviar á las Galias un nuevo ejército. Entonces penetraron en son de conquista en la Galia, ya arrastradas por los cimrios, ya empujadas hacia sus fronteras del Nordeste por los pueblos germanos, dos tribus helvéticas, los tuguenos y los tigurinos, que se apoderaron del canton de los nitiobroges, á orillas del Garona, en la comarca del actual Agen. Allí fué derrotado y muerto (107) el cónsul romano Lucio Casio Longino, y el resto del ejército compró su retirada con una vergonzosa capitulacion. La consideracion de que gozaban los romanos había decaído tanto, que una célebre ciudad de

(1) Yugurta, encadenado, siguió al carro de triunfo de Mario, sirviendo su furor de diversion al populacho. Despues le arrojaron en un calabozo y allí le dejaron morir de hambre. (N. del T.)

su provincia, Tolosa, se sublevó é hizo prisionera á la guarnición que en ella existía, si bien esta audacia fué pronto castigada por el cónsul Quinto Servilio Cepion (106), y Tolosa completamente saqueada. Mas desastroso hubo de ser para los romanos el año 105, durante el cual el Senado mandó defender la provincia gala por tres ejércitos: en la orilla derecha del Ródano se encontraba Cepion, como procónsul, en la izquierda el cónsul Cneo Malio Máximo, y á las órdenes de este, pero al frente de un cuerpo de ejército aislado, el legado consular M. Aurelio Scauro. Cuando el jefe de los cimbrios, Boyorix, se dirigió contra la provincia romana, fué aniquilado al primer ataque el ejército de Scauro. Entonces se unieron los ejércitos de los generales Cepion y Malio, en la orilla izquierda del Ródano. Pero las rivalidades y la enemistad personal que dividían á estos dos caudillos les impidieron aprovecharse debidamente de sus poderosas fuerzas, y fueron causa de la terrible derrota que sufrieron los romanos en Arausio (Orange), en donde, el día 6 de octubre del año 105, perecieron, según datos que creemos exagerados, 80,000 soldados y 40,000 personas que iban en los convoyes. Pocos fueron los que se salvaron, contándose entre ellos el mismo Cepion.

La impresión que esta espantosa derrota produjo en los romanos fué terrible: la Italia entera, cuyo paso por los Alpes quedaba indefenso, se sintió presa de mortal espanto: el recuerdo de la batalla de Alia, estaba todavía en el ánimo de todos. El terror *cimbrío* conmovió, aun en los posteriores tiempos, el corazón de los romanos cuando las armas germanas lograron derrotar otra vez á las legiones. Era necesario apelar á toda la energía romana para salvar la existencia de la nación. No bastaba para esto que el débil Cepion fuera sometido á proceso, que contra toda costumbre, se le despoysera del cargo por un acuerdo popular, se confiscaran sus bienes, y cuando en 104 una nueva decisión del pueblo le arrojó del Senado, á duras penas pudiera en 103 evitar la muerte que, á consecuencia de haberse continuado el proceso de la guerra, se dictó contra él y contra otros aborrecidos funcionarios. Lo que salvó á Italia fué que los germanos, en vez de atacar á los romanos desde luego, se entretuvieron en saquear á los auvernios, y contra lo que era de esperar, dirigieron sus ataques á la península pirenaica.

En tales circunstancias, el caudillo de la democracia, Cayo Mario, que á pesar de las prescripciones que regían en materia electoral, fué investido constantemente hasta el año 100 de la dignidad consular, tuvo tiempo suficiente para hacer los preparativos necesarios con que oponer la debida resistencia á los germanos. Ayudáronle en su tarea los mas expertos oficiales de la milicia, entre ellos Sila; y el ejército que nuevamente se formó, y que se vió reforzado por los contingentes de Massilia y de los allobroges y sequanos, pudo ser convenientemente instruido y enérgicamente disciplinado. El ejército romano, que para defender el paso de los Alpes había sentado sus reales en la excelente posición que ofrecía la afluencia del Isere y el Ródano, hubo de esperar largo tiempo la llegada del temido adversario. Los germanos mostraron entonces ciertos rasgos, que por mucho tiempo les fueron todavía característicos, y entre los cuales podemos citar una rudeza primitiva y sanguinaria, y una falta completa de plan determinado de conducta. La desolación de las comarcas que atravesaban era ciertamente espantosa: la victoria era celebrada dando rienda suelta al salvajismo mas horrible; los prisioneros eran decapitados ó sacrificados á los dioses por las sacerdotisas que acompañaban á los guerreros en sus expediciones, mujeres ancianas, vestidas con holgadas túnicas de hilo. En cambio los hombres de esta raza no conocían el miedo, uchaban de un modo un tanto ingenuo y caballeresco, libra-

ban la batalla agrupándose en grandes masas, cuya primera fila, en los combates difíciles, se componía de soldados unidos entre sí por medio de cuerdas atadas á sus cinturones metálicos. Su falta de plan político hacia inútiles todas las victorias que con su audacia militar alcanzaban, y ayudaba á los romanos á evitar el grave peligro de la invasión.

Los cimbrios no habían podido sujetar en España á las audaces tribus celtíberas, por lo cual en 103 se dirigieron de nuevo á las Galias, siendo probable que, al llegar al Atlántico, torciesen hacia el Norte hasta llegar al Sena inferior, y despues se dirigiesen á las fronteras meridionales de la rama belga de los pueblos celtas, que les ofrecieron obstinada resistencia. Al llegar á este punto, se juntaron con los teutones, de los cuales no se sabe á punto fijo si se les unieron entonces, ó si ya se les habían unido en la primera invasión de la Galia, aunque negándose á tomar parte en la expedición á España. Las hordas helvéticas se juntaron también con los germanos, los cuales, una vez vencida la resistencia de los belgas, pensaron seriamente en la conquista de la Italia.

El botín quedó en la Galia septentrional bajo la custodia de 6,000 guerreros, de los cuales nació mas tarde la tribu de los aduatucos, que habitaron las orillas del Sambre. Tratóse, pues, de dirigirse á Roma; y como la masa de guerreros era tan numerosa que su aprovisionamiento había de tropezar con grandes dificultades, dividiéronse en dos columnas los invasores que antes querían penetrar juntos en Italia. Los cimbrios y tigurinos se dirigieron, atravesando el Rhin, á los pasos de los Alpes orientales, mientras los teutones y los llamados ambriones, que también han sido considerados como celtas, se encaminaron directamente contra Mario.

Este, durante los dos años de que había podido disponer, no solo había instruido perfectamente á su ejército, sino que había introducido en este, que tenía ya casi el carácter de permanente, notables modificaciones, que, desde entonces, comenzaron á transformar la táctica romana. El mismo no sospechaba la importancia que debía tener el águila de plata que introdujo como estandarte de las legiones. Además de las mejoras que planteó en el modo de llevar los bagajes, y de un notable perfeccionamiento en la fuerza de acción del pilum, para mejor resistir á las temibles masas germánicas y á su primera embestida, siempre formidable, sustituyó la antigua división de las legiones, cuyo contingente era entonces de 6,000 hombres, en manípulos, por la división en diez batallones ó cohortes. Suprimióse también la antigua distinción entre las tres filas, y la organización de los vélites, con lo cual todos los soldados de la legión fueron iguales en categoría y en armamento, pasando á las primeras filas los mejores hombres de la que hasta entonces había sido tercera. La cohorte de 600 hombres, al formar en batalla, de diez en fondo, presentaba un frente de 60 hombres cada una: el espacio que mediaba entre una y otra cohorte, tenía la misma longitud que la cohorte, habiéndose conservado también probablemente la antigua distancia entre las filas.

#### VI.—MARIO VENCE EN AQUÆ SEXTIÆ. DERROTA DE LOS CIMBRIOS EN VERCELLE

Quando en 102 los teutones y los pueblos que les seguían despues de haber atravesado el Ródano, se presentaron delante del campamento romano, mantúvose Mario, en un principio, á la defensiva. Detrás de sus fortificaciones, contra las cuales en vano dirigieron por espacio de tres días los germanos y los celtas, con grandes pérdidas, sus formidables ataques, acostumbró el inteligente general á sus tropas bisoñas á la presencia de los bárbaros del Norte, á su espantosa gritería, y á sus terribles carreras. Luego, y á pesar del afán que

por luchar sentían sus soldados, excitados por las insultantes frases del enemigo, dejó que las masas de los germanos desfilaran ante su campamento y se dirigieran al Sur para apoderarse de los desfiladeros de los Alpes, hecho lo cual lanzóse en pos de ellas, conservando un orden de formación rigurosa y tomando cuidadosamente durante la noche fuertes posiciones. Mario trataba de evitar que, en su marcha, dieran los germanos una batalla decisiva. Por último, una tarde, en la comarca de Massilia, no lejos de Aquæ Sextiæ, á consecuencia de un choque entre las tropas ligurias de los romanos y los ambriones, trabóse un gran combate, en el cual fueron derrotados éstos, cuyas fuerzas se elevaban á 30,000 hombres, siendo perseguidos por Mario hasta su campamento. El comienzo no podía ser mejor; y cuando á la mañana siguiente todo estuvo preparado, aprestóse Mario para la batalla decisiva. Apenas había puesto, en la colina en donde tenía su campamento, su ejército en orden de batalla, los teutones comenzaron el ataque, resistiendo esta vez los romanos impasibles la embestida de los germanos. La batalla duró muchas horas sin decidirse la suerte definitivamente por ninguno de los combatientes, mas por último la ancha espada de los romanos pudo mas que el largo pero mal templado sable que los germanos usaban entonces, como antes lo habían usado los celtas en las sangrientas batallas itálicas. Los romanos consiguieron que los teutones, que todavía estaban abatidos por los rayos del sol provenzal, descendieran á la llanura, y entonces el legado M. Marcelo, que con 3,000 hombres y una porción de soldados de tren salió de una emboscada y atacó con gran clamoreo á los germanos por la espalda, quitó á éstos toda posibilidad de volver á juntarse. La lucha terminó quedando los teutones completamente aniquilados: un número extraordinario de ellos perecieron, y con sus huesos marcaron los masiliotas los linderos de sus viñas. La mayor parte de sus mujeres murieron luchando en sus carros ó se dieron á sí mismas la muerte para no verse sometidas como esclavas al látigo ó á la lujuria de los romanos. Grande fué también el número de prisioneros que se hicieron, entre los cuales se contaba el poderoso caudillo Teutobodo.

Esta sangrienta victoria había preservado á Roma del gran peligro que la amenazaba; esto no obstante no abandonó sus temores la capital del antiguo mundo; pues por aquel mismo tiempo los cimbrios, con sus aliados celtas, habían logrado abrirse por el alto Adige el camino hacia la Alta Italia. El cónsul Quinto Lutacio Cátulo no había podido conservar el paso de los Alpes, y cuando intentó junto á Trento mantenerse en las posiciones que tomara en el Adige, colocándose á este efecto en la orilla derecha de este río y echando sobre el mismo un puente que terminaba en la margen izquierda, negáronse sus soldados á entrar en acción en cuanto vieron que los germanos comenzaban á cruzar el río á nado, y á arrojar á él grandes árboles para destruir el puente de barcas. A duras penas consiguió Cátulo dar á la fuga la apariencia de una retirada: solo la legión que guardaba el extremo del puente puso á salvo el honor de las armas romanas y logró abrirse paso por entre las filas enemigas, cuando el audaz centurion Cneo Petreyo de Atina dió muerte al pusilánime caudillo que quería rendirse y se apoderó del mando de las tropas. Entre tanto los romanos se vieron precisados á abandonar en poder de los germanos una gran parte de la llanura que se extiende entre el Po y los Alpes.

La península se hubiera encontrado en grande apuro si los valientes guerreros del Norte hubiesen proseguido sin dilación su marcha hacia el Sur. En vez de esto, los tigurinos retrocedieron por de pronto á las primeras estribaciones de los Alpes: los cimbrios, por el contrario, se empeñaron en

pasar el invierno en la Alta Italia, ya para esperar mejor la llegada de los teutones, de cuya derrota no tenían noticia, ya para gustar los placeres que la rica comarca transpadana les ofrecía. Así pues, el ejército romano que había derrotado á los teutones, pudo dirigirse desde Aquæ Sextiæ á Italia y unirse á las tropas de Cátulo, que debían ser reorganizadas por completo. Durante el verano del año 101, Mario, que había sido elegido cónsul por quinta vez, y Cátulo, su procónsul entonces, atravesaron el alto Po, para salir con sus 50,000 hombres al encuentro de los cimbrios, y el día 30 de julio se dió una sangrienta batalla en los campos ráudicos, cerca de Vercelle, y no lejos del punto de confluencia del Sesia y el Po. Una carga á fondo de la caballería celta contra la romana comenzó el combate; pero la disciplina y la superior táctica de los romanos auxiliadas por los ardores y por el polvo del verano de Italia, prepararon á los cimbrios, que lucharon con desesperada audacia, la misma suerte que en el año anterior habían sufrido los teutones.

#### VII.—GUERRA DE ESCLAVOS EN SICILIA

Para mayor dificultad de la lucha trabada con los temidos guerreros del Norte ocurrió la circunstancia, fatal también para los romanos, de un nuevo y peligroso levantamiento de los esclavos de Sicilia, parecido al que había ocurrido durante la anterior generación. Una gran agitación reinaba entre los esclavos de muchos puntos de Italia. Un caballero romano, T. Vecio, para desembarazarse de sus deudas, tuvo la extravagante idea de dar en 104, en el territorio de Thurii, la libertad á sus esclavos, y de declararse su rey, asesinando á sus acreedores y promoviendo una sublevación entre todos los siervos de la comarca. El pretor L. Lúculo acabó pronto con él: una legión de Cápua que se dirigió inmediatamente al lugar del suceso, y el hecho de haberse dejado sobornar el caudillo que Vecio había puesto al frente de sus hombres, pusieron fin á este levantamiento. En cambio, la sublevación de Sicilia ofrecía mayor carácter de gravedad, por las condiciones del país y el número de los esclavos. En nada habían variado en este país, desde la época de Rupilio, ni la situación de los siervos ni el sistema de agricultura, ni la administración del territorio. Solo una circunstancia parecía entonces como característica, y era el haber sido llevados á Sicilia, como á otras costas del Estado, gran número de personas procedentes de la Bitinia y otras que cazadas en el Asia por los codiciosos publicanos romanos, habían sido vendidas como esclavas. En esta comarca se encendió la guerra. Cuando Mario se aprestaba en 104 á dirigirse contra los cimbrios, y los Estados clientes de Italia se veían obligados á dar un contingente á Roma, manifestó el rey bitinio, Nicomedes, la imposibilidad en que se veía de cumplir este mandato por la sencilla razón de que su territorio estaba poco menos que despoblado por efecto de la caza de esclavos. A consecuencia de esto, ordenó el Senado á todas las provincias que pusiesen en libertad á aquellos que contra derecho habían sido reducidos á la esclavitud. Mas cuando el pretor de Siracusa, Publio Lucinio Nerva, emancipó á 800 de estos esclavos, la indignación de sus dueños le obligó á derogar medida tan honrosa.

La excitación que reinaba entre los siervos de la isla no quedó por lo mismo apaciguada, ocurriendo entonces graves motines promovidos por los esclavos prófugos, y crueles escenas de asesinato y de saqueo. Licinio, sin embargo, que por entonces contaba con muy escasas tropas, suplió esta falta comprando á uno de los principales bandoleros de la isla, Cayo Titinio, que le entregó astutamente los sublevados. Esto no obstante, la sublevación tomó entonces incremento en el